

mismos enemigos. Mas ¿qué diremos de su santidad? ¿es menos maravillosa la santidad en una doncella que no cuenta cuatro lustros? ¡Qué confusión para los ancianos y más aún para los sacerdotes que se encuentran muy lejos de aquellas alturas de virtud á que en tan corto tiempo supo remontarse Catalina! Porque ¿á quién con mayor razón que al sacerdote le está impuesto el precepto de ser santo? *Sancti estote quia ego sanctus sum*¹. Cuanto más elevada es la dignidad de una persona, y más sublime el orden á que pertenece, tanto más obligada está á la perfección cristiana, según la doctrina de todos los Padres y Doctores, fundada en las sagradas Letras. «Mucho se exigirá», dice el Espíritu Santo, «de aquel á quien mucho se ha dado.»² Por eso dice San Gregorio hablando del prelado y puede entenderse dicho del sacerdote: «Así como adquiere tantas coronas cuantas almas gana para Dios; así se hace digno de tantas muertes como ejemplos de perdición da á sus súbditos.»³ Como luz del mundo, debe iluminar á todos con su doctrina y más con su vida ejemplar; como sal de la tierra, debe preservar á todos de la corrupción del pecado; como padre y maestro de los fieles, debe mostrar en sí lo que ellos pueden imitar. Mas entre los caracteres de la santidad de la Virgen alejandrina, dos son los que descuellan con mayor brillo, y son precisamente las virtudes en que más debe esmerarse el sacerdote: *la pureza* de la virgen, y *la fortaleza* de la mártir.

8. *Sicut lilium inter spinas*⁴: Catalina brilló con el candor del lirio rodeado de espinas. Espectáculo hermosísimo ofrecieron al mundo las vírgenes cristianas de los primeros siglos de la Iglesia, las Ineses, Cecilias, Águedas, Lucías . . . , entre las cuales figura la noble Catalina de Alejandría. Nacidas generalmente en la opulencia, algunas,

¹ Lev. 11, 44.

² Luc 12, 48.

³ Apud *Avancini*, Medit.

⁴ Cant 2, 2.

como Catalina, de estirpe real, dotadas de hermosura peregrina, en la flor de la edad, en medio de los mayores centros de la civilización pagana, en las mismas cortes de los emperadores, es decir, rodeadas de la más fastuosa y refinada corrupción, florecieron aquellos lirios de purísima blancura entre las espinas de todos los vicios, purificando el ambiente infecto de aquella sociedad con el perfume de la virtud más celestial, la virginidad, émula de la pureza angélica. Catalina escogió desde su niñez á Jesús por único Esposo; á Él solo, como á su único Dueño, consagró los afectos de su ardiente corazón; no tuvo un suspiro siquiera para el mundo y sus placeres, vivió vida celestial y divina. Oídla como habla al emperador que le promete el segundo puesto después de la emperatriz, y los mayores honores á que puede aspirar la mujer más ambiciosa: «Soy esposa de Cristo», le contesta con la majestad de una reina; «Él es mi gloria, mi amor, mi dulzura y mi bien. Ni la lisonja ni los tormentos podrán arrancar su amor de mi corazón.» Y á las nuevas instancias del falaz tirano que le ofrece un trono replícale la generosa heroína: «¿Á quién debo escoger de preferencia, á un Esposo omnipotente, eterno, glorioso y resplandeciente de belleza, ó á un hombre débil, mortal, falto de nobleza y de hermosura?» Con tan soberano desprecio miraba Catalina todas las que el mundo llama grandezas, atractivos, el amor, la opulencia, la gloria. ¿Cómo había de mancharse un alma tan completamente desasida del amor de lo terreno? Aquel cuerpo virginal, vaso precioso de un espíritu tan puro, bien mereció, siendo ya cadáver, ser llevado por manos de ángeles al santo monte Sinaí, donde halló la más honrosa sepultura.

9. Y ¿cuál debe ser la puridad de alma y cuerpo que adorne al sacerdote de Dios? Bien lo sabes, nuevo ministro del altar. «Aunque tuvieras la pureza de un ángel y la santidad de San Juan Bautista», te dice un venerable escritor, «no serías digno de recibir y manejar el cuerpo del

Señor.»¹ Pureza sobrehumana y sobreangélica pide la santidad infinita del Dios de la Eucaristía, si de todos los fieles que le reciben, ¿cuánto más del que le trae en sus manos y le da y reparte á los demás después de recibirlo? Pureza exigen los demás sacramentos de la Iglesia que el sacerdote ha de administrar continuamente, porque en todos ellos corre y baña las almas la sangre del Cordero immaculado. Pureza piden la palabra divina que el sacerdote debe tomar en sus labios y todas las demás funciones sagradas que debe ejercer el ministro de Dios para la santificación de las almas. ¿Qué más? Hasta la ciencia que debe poseer el sacerdote exige pureza de corazón y de sentidos porque escrito está que: *In animam malevolam non introibit sapientia*²; y confirmado por el mismo Cristo: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt*³. Para ver á Dios no sólo con la visión beatífica del cielo sino aun con la claridad que es posible en la tierra, es condición necesaria la pureza de corazón. Y así también por una ley de reciprocidad, la aplicación seria y constante del espíritu á la contemplación de las cosas divinas contribuye poderosamente á conservar limpio el corazón de las feas manchas de la sensualidad.

Nada empero tan eficaz para triunfar de la flaqueza de la carne como alimentar y fortalecer el espíritu con la oración humilde, perseverante y fervorosa. Humildad y piedad son las virtudes auxiliares y compañeras de la santa pureza. Humildad y piedad deben adornar al sacerdote que quiera preservarse del contagio de inmoralidad que aflige al soberbio y voluptuoso siglo en que vivimos. El mundo mismo se reconoce impotente para formar hombres castos, por más que alardee de probidad y alteza de carácter; y he aquí por qué se ha dado á la tarea de disimular la fealdad moral del vicio cubriéndole con el velo de una

¹ *Imit.*, l. 4, c. 5.² *Sap.* 1, 4.³ *Matth.* 5, 8.

culpable indulgencia. ¿Qué hará en esta triste situación social el vocero del Evangelio, el sacerdote católico? Pues confundir al necio mundo dándole, junto con la doctrina, el ejemplo de la castidad perfecta, anatematizando el vicio degradante con toda la severidad de la ley evangélica, como siempre lo ha anatematizado y condenado la verdadera Iglesia.

10. Mas para seguir esta conducta bien se ve cuán necesaria sea la *fortaleza* de espíritu, pues se trata de empeñar lucha abierta contra el mundo y sus aliados, el demonio y la carne. Esta lucha podrá costarle al sacerdote la vida que había de sacrificar como la sacrificó la ilustre heroína de Alejandría luchando hasta la muerte por la doble causa de la virginidad y de la fe.

Aquí tienes, pues, oh neo-sacerdote del Altísimo, un modelo perfectísimo de fortaleza cristiana y sacerdotal que debes esforzarte á imitar ayudado de la gracia de Aquel que hizo invencible á Catalina. ¡Qué intrepidez no demostró la heroica Virgen cuando, oyendo desde lo interior de su palacio los mugidos de las víctimas que se ofrecían á los ídolos y los cantos de los sacerdotes paganos y los aplausos de la multitud congregada en el lugar del sacrificio, no pudiendo contener el ímpetu del celo por la gloria de Dios que la impelía, lanzóse á la calle seguida de su servidumbre y no paró hasta llegar á la presencia del feroz Maximino y apostrofarle en estos términos: «¿Qué haces, oh emperador? ¿por qué haces correr inútilmente á todo este pueblo para rendir á falsos dioses un culto insensato?» Y hablaba así, carísimos oyentes, delante de un pueblo fanático que pudiera despedazarla en un acceso de furor y á la vista de una multitud de cristianos cobardes que habían renegado de Jesucristo por temor de los suplicios. ¡Qué contraste el de la cobardía de los hombres con el valor de la delicada doncella! Conducida al palacio imperial ¡qué peligros no amenazan su constancia! Lejos de

ocultar su nombre y su calidad, los declara sin ambages: «Soy Catalina», dice, «hija única del rey Costa. Nacida en la púrpura y educada en el estudio de las letras, lo he despreciado todo por seguir á Jesucristo. En cuanto á los dioses que tú adoras, ningún favor pueden prestarte á ti ni á nadie, pues son vanos simulacros.» Y no tiembla la que así se expresa, y no palidece su semblante al ver el rostro del tirano encendido por la cólera y al oír sus terribles amenazas. Más irritado todavía por la derrota de los sabios del imperio, convertidos á la fe por la argumentación de Catalina, y despechado por la invencible resistencia de la Virgen á sus pérfidos halagos, conviértese en feroz verdugo y mándala azotar cruelmente y encerrarla en una oscura prisión y allí dejarla por espacio de doce días, privada de todo alimento, es decir, entregada á los horrores de la agonía, condenada á morir de hambre. Nada es capaz de intimidar á Catalina, confiada en el poder de aquel Dios á quien ama, el cual efectivamente la sustenta y conforta con manjares celestiales, y no contento con esto, se le deja ver rodeado de ángeles y vírgenes, y la alienta diciéndole: «Reconoce, hija mía, á tu Criador por quien has sostenido tan rudos combates. Permanece firme, que yo estoy contigo.» He aquí, carísimos hermanos míos, el secreto de la fortaleza de nuestra heroína y de todos los mártires: la compañía que les hace Jesucristo. Es que Dios está con ellos, Dios los reviste de fortaleza inquebrantable. Contra ellos se estrellarán, como las olas contra la dura roca, todas las furias infernales, todos los golpes de la tiranía, todos los dardos de la persecución.

II. Llega, en fin, para Catalina la hora suprema del combate. Vista la inutilidad de cuantos medios ha puesto en juego la astucia y la malicia del perseguidor de los cristianos para arrancar del corazón de la Virgen alejandrina la fe y el amor á Jesucristo, no piensa Maximino más que en saciar su furor condenando á la invencible Mártir á sufrir

los más horrosos suplicios. Sométela al tormento de la rueda armada toda de cuchillos para despedazar el delicado cuerpo; mas Dios, burlando los cálculos del malvado, envía un ángel para destruir aquel instrumento de tortura, el cual, hecho pedazos, hiere y mata á los verdugos. Catalina entonces es conducida al lugar del sacrificio: va á serle cortada la cabeza. La heroína cristiana no trepida al ver la espada desenvainada en manos del gladiador. Ofrece el blanco cuello después de elevar al cielo su última plegaria, y corre de la herida, en vez de sangre, leche purísima con asombro universal. El triunfo está completo. Catalina ha sido fiel al consejo del divino Maestro: *Nolite timere eos qui occidunt corpus* — «No temáis á los que dan muerte al cuerpo, pero no pueden matar el alma.»¹ Su espíritu inmortal ha volado á unirse eternamente con el Esposo de las vírgenes, en tanto que sus despojos mortales son trasportados por los ángeles al monte Sinaí, al monte de la antigua Alianza.

¡Qué dechado, carísimos hermanos, para los que tenemos que luchar, hoy como nunca, con los encarnizados enemigos de Dios y de su Cristo? Pero ¿quién más que el sacerdote? El clero ó *el clericalismo* — término inventado por los enemigos de la religión para embaucar á los incautos — ése es el enemigo, según frase revolucionaria que ha pasado á la posteridad². Bien sabéis lo que significa la revolución, esa hidra de siete cabezas que perece de rabia por devorar á la Iglesia de Dios. La revolución contemporánea se propone destruir, aniquilar el cristianismo, ni más ni menos que lo intentaron, aunque sin éxito, los emperadores de Roma, desde el feroz Nerón hasta el terrible Diocleciano. Si hoy por hoy no puede llevarlo todo á sangre y fuego, ya ha hecho á lo menos el ensayo en nuestros días, á nuestros mismos ojos, á la vista de Europa consternada, en los incendios de iglesias y conventos,

¹ Matth. 10, 28.

² Gambetta.

en los bárbaros asesinatos y sacrilegios perpetrados en una gran ciudad de la católica España, en la infortunada Barcelona, como ya lo había hecho también, no hace medio siglo, en las orgías sangrientas de la Comuna de París. Y ¿contra quiénes directamente ha asestado sus tiros la horda revolucionaria sino contra sacerdotes y religiosos? ¡Ah! no hay que dudarlo. El sacerdote, el clero, regular ó secular, es el objeto preferido de la persecución satánica de los jurados enemigos de la religión. Por eso, ya que no pueden quitarlo de en medio, tratan de vejarlo, calumniarlo, cubrirlo de ignominia y anularlo ante la sociedad; y, como si esto no bastara, se valen de la fuerza para oprimirlo, maniatarlo y reducirlo á la miseria, como sabéis lo estan haciendo en la desventurada Francia. Y ¡cosa bien triste y lamentable! el espíritu de odio y animadversión al clero ha llegado á penetrar hasta en el seno de la sociedad católica, como no puede negarse que sucede en muchas partes. Prueba de ello, la falta casi total de vocaciones eclesiásticas. ¿Por qué no aspira nadie el día de hoy al nobilísimo estado del sacerdocio, sino porque, al revés de lo que acontecía en otras épocas, el clero está hoy vilipendiado, desconceptuado injustamente á los ojos del mundo, muy poco amado y venerado aun de los mismos fieles, salvo honrosas excepciones personales? ¡Qué fortaleza, pues, no se necesita el día de hoy para sobreponerse á las vanas preocupaciones del siglo indiferente y seguir la escabrosa senda que conduce al santuario! Y después, en el ejercicio del sagrado ministerio, ¡qué dificultades á cada paso para hacer el bien, para llenar la misión confiada al sacerdote, dificultades que serían insuperables sin el auxilio de una fortaleza semejante á la de los confesores de Cristo! Si, como ha dicho el Apóstol, *omnes qui pie volunt vivere in Christo Iesu persecutionem patientur*¹,

¹ 2 Tim. 3, 12.

¡cuánto más perseguido no ha de ser el verdadero ministro de Dios que se afana por despertar la piedad en los pueblos adormecidos por la indiferencia y restaurar la honestidad de costumbres en poblaciones gangrenadas por el vicio! *Si me persecuti sunt*, decía el Salvador á sus Apóstoles, *et vos persequentur*¹; y el sacerdote es el continuador obligado de la misión apostólica, el discípulo de Cristo que predica la doctrina del Maestro, doctrina odiosa para los pecadores repletos de orgullo, sensualidad y avaricia.

12. Dispónte, pues, oh nuevo ministro del Altísimo, á sufrir persecución por la justicia, esto es, por la causa justísima de Cristo y de su Iglesia. La carrera que has emprendido y que hoy felizmente coronas, no es otra que la vía dolorosa, el camino del Calvario. Mas no temas: Jesucristo, que te ha escogido para enviado suyo, te alienta con estas palabras: *Confidite, ego vici mundum*². Y el Apóstol te asegura que «todo lo puede en aquel que lo conforta.»³ Así que, armado con las armas de la sagrada milicia, prepárate para pelear el buen combate, para llevar á cabo la honrosísima misión que hoy te confía el Señor, de promover su gloria entre los hombres y llevar al cielo en pos de ti millares de almas.

En el santo sacrificio que celebrarás diariamente con el mismo fervor y devoción con que hoy procuras celebrarlo, hallarás una fuente inagotable de virtud y fortaleza para no desmayar jamás en la empresa comenzada. De la mesa del altar sacaban los mártires aquel valor sobrehumano con que desafiaban los más crueles suplicios. Inflamados en el fuego del amor divino, parecían insensibles al dolor del fuego material. No pierdas de vista esos gloriosos modelos. *Inspice et fac secundum exemplar*. . . . Mira con especial atención ese dechado admirable de pureza y de constancia que tienes á la vista en la Virgen y Mártir

¹ Io. 15, 20.

² Io. 16, 33.

³ Phil. 4, 13.

Catalina, bajo cuyo amparo ha querido Dios poner tu carrera sacerdotal. Y ten presente que antes de consumir su sacrificio pidió la Esposa de Cristo al Dios de las misericordias que la tuviese de todos aquellos que conmemorasen su martirio ó en cualquier hora la invocasen. Invócala, pues, con amor y confianza como á especial Patrona, para que después de haber vivido santamente sobre la tierra, obtengas la corona de justicia en la patria de la bienaventuranza. Así sea.

DISCURSO RELIGIOSO

escrito para la fiesta de la Independencia de Cartagena, 1903.

Entre las múltiples manifestaciones de entusiasmo patriótico que forman el variado programa de las fiestas con que *la Heroica* se ha propuesto celebrar el presente año la fecha memorable del *11 de noviembre de 1811*, figura —y no en último lugar— la solemne función religiosa que aquí reúne á las autoridades y al pueblo de Cartagena con el nobilísimo objeto de ofrecer al Todopoderoso, Dios y Señor de las naciones, el profundo homenaje de su adoración y hacimiento de gracias. ¡Loor á la distinguida Comisión que tuvo tan feliz como acertado acuerdo!

Ni era posible que las cosas pasaran de otro modo. ¿Pues qué? ¿habriase de excluir del cuadro de los festejos públicos la expresión del sentimiento cristiano de un pueblo que, luchando de buena fe por la causa de su independencia, tuvo fijos los ojos en el cielo, implorando de él la fuerza que necesitaba para llevar á cabo la magna obra de su nacimiento á la vida de nación? ¿No fué Cartagena, no fué Colombia entera siempre profundamente religiosa? ¿no invocó mil veces con viva fe y ardor cristiano al Dios de los ejércitos? Y durante el ya largo curso de las vicisitudes que agitaron su existencia ¿no ha guardado en su pecho el tesoro de su religión con tanto y aun mayor cariño que el de su libertad? ¿no ha marchado casi siempre — con más ó menos acierto — tras el ideal de la república cristiana? ¿cabe en fin separar en Colombia la